

BT 33

L3

V. 2



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

44888



Capilla Alfonso XIII

ENSAYO

SOBRE

# LA INDIFERENCIA

EN MATERIA DE RELIGION.

## PARTE SEGUNDA.

IMPORTANCIA DE LA RELIGION.

### CAPITULO PRIMERO.

REFLEXIONES SOBRE LA DEMENCIA DE AQUELLOS QUE SIN RACIOCINAR SOLO SON INDIFERENTES POR INDOLENCIA Y PEREZA. EXPOSICION DE LOS UNICOS PRINCIPIOS EN QUE SE PUEDE FUNDAR LA INDIFERENCIA QUE NACE DEL RACIOCINIO.

Subiendo de edad en edad hasta el origen del género humano, se encuentra establecida en todos los pueblos la creencia de un Dios y de una vida futura. En esta creencia, única sancion de todas las obligaciones, que por sí sola afirma y

II.

008197

defiende el orden y las leyes, se apoya y descansa la sociedad, la cual se desmorona y destruye luego que se toca á aquella. Sin embargo, tarde ó temprano llega una época en que el lujo deprava y corrompe las costumbres, y la filosofía la razon. Llegó esta época á los Griegos en tiempo de Pericles; á los Romanos, un poco antes del siglo de Augusto. Se vió aparecer una nube de sofistas, que esforzándose á hacer que la ciencia sirviese como esclava á las pasiones, pusieron desvergonzadamente los desvarios de su espíritu extraviado en el lugar propio de las tradiciones primordiales. A fuerza de sutilezas y de vanos discursos, confundieron todas las ideas, obscurecieron todas las nociones, y debilitaron todas las creencias. Ya el mundo no podía mas, cuando de repente, aclarándose y desenvolviéndose á la voz de Dios la antigua fe en un pueblo, encargado especialmente de conservar este depósito, volvió á tomar gloriosamente posesion del universo. Se promulgaron nuevos dogmas; pero derivándose estos de los primitivos, pertenecian, al menos implicitamente á la fe primitiva. Se cumplen profundos misterios; pero estos

misterios anunciados al primer hombre, revelados con mayor claridad á sus descendientes, se esperaban y presentian por todo el género humano. No nacia el Cristianismo; crecia. Todo está enlazado, todo se encadena así en la historia, como en los dogmas de la Religion. Las naciones comienzan y acaban, desaparecen con sus costumbres, leyes, opiniones y ciencias; solo una doctrina permanece, siempre creida á pesar del interes que las pasiones tienen en no creerla; siempre invariable en medio de este rápido y perpetuo movimiento; siempre impugnada y siempre justificada; siempre al abrigo y á cubierto de las variaciones que los siglos introducen en las instituciones mas sólidas, y en los sistemas mas acreditados; siempre mas admirable y cada vez mas admirada, á proporcion que mas se la examina; el consuelo de los pobres y la esperanza mas dulce de los ricos, el ámparo y defensa de los pueblos y el freno de los reyes; regla del poder que ella modera, y de la obediencia que santifica; el gran pacto de la humanidad\*, por el que

\* En el original se lee *la grande Charte de l'humanité*: he

la justicia eterna, no queriendo que ni aun el mismo crimen quede sin esperanza y proteccion, estipula y empeña su misericordia en favor del arrepentimiento: doctrina tan humilde como profunda, tan sencilla cuanto elevada y magnifica; doctrina que subyuga los ingenios mas poderosos por su sublimidad, y se proporciona por su claridad á los mas cortos talentos; en fin doctrina indestructible que resiste á todo, que de todo triunfa así de la violencia como del desprecio, lo mismo de los sofismas que de los cadalsos y que, fortalecida por su antigüedad, sus pruebas victoriosas y sus beneficios, parece reina sobre el espíritu humano por derecho de nacimiento, de conquista y de amor.

Esta es la Religion que han escogido ciertos hombres para que sea el objeto de su indiferencia. No se juzga digno ni aun de ocupar un instante el pensamiento lo que Bossuet, Pascal, Fenelon, Descartes, Newton, Leibnitz, Euler creyeron despues del exámen mas atento, y dió

traducido el pensamiento, cuya metáfora está tomada de la Carta constitucional de Francia á que el autor hace alusion. (N. D. T.)

materia á sus continuas meditaciones. Se figuran que, menospreciando el Cristianismo sin conocerle, se elevarán sobre cuanto se ha visto mas grande en la tierra en virtud y talento, por espacio de diez y ocho siglos; y pagados ridiculamente de un desden indolente para con la verdad, cualquiera que ella sea, se llenan de orgullo porque piensan elevarse, guardando la neutralidad de la ignorancia entre la doctrina que ha formado un Vicente de Paulo y la que ha producido un Marat.

Todo se desea y quiere saber, menos si hay ó no un Dios, si á esta vida corta ha de seguir otra durable, si no hay mas obligacion que la de seguir sus apetitos, ó si por el contrario se les debe arreglar á una ley fija y divina. Han llegado á descubrir algunos hombres que todo les interesa menos su salud eterna. Dicen que no tienen tiempo para pensar en esto; pero lo tienen de sobra al punto que se trata de satisfacer el antojo mas frívolo. Tienen tiempo para los negocios y placeres, pero les falta para examinar si hay un cielo ó un infierno. Tienen tiempo para instruirse en las futilidades mas vanas de este mundo, donde no pasarán mas que un dia, y no

lo tienen para asegurarse si existe otro que, desventurados ó dichosos, han de habitar eternamente. Tienen tiempo para cuidar y regalar un cuerpo que va á disolverse, y no lo tienen para informarse si encierra una alma inmortal. Tienen tiempo para ir lejos á convencerse por sus ojos si existe un animal raro, una planta curiosa; y no lo tienen para convencer su razon de la existencia de un Dios. ¡O ceguedad inconcebible! ¿quién no exclamará con Bossuet: « ¡Qué! el encanto de los sentidos es tan fuerte, que nada podemos ver mas allá? »

En efecto, esta falta absoluta de prevision, esta seguridad estúpida con que se precipitan á un porvenir desconocido y sin términos, ¿no es evidentemente la señal de haber perdido el juicio? Todo el género humano atestigua la existencia de una ley que no se puede violar impunemente; y sin creer su testimonio, sin desmentirle, fiándose en un miserable *puede ser*, se admiten todas las consecuencias de una oposicion formal á esta ley, y se crean y forman á si mismos de una vez, por su indolencia dos fatalidades, la del delito y de la desgracia.

Se han visto hombres atormentados, reirse y danzar sobre el cadalso; mas era inevitable la muerte que despreciaban, nadie podia excusársela. En la necesidad invencible de morir, resistian é insultaban á la naturaleza, y encontraban una especie de consuelo feroz en asombrar al pueblo, con el espectáculo de una alegría mil veces mas horrorosa que las angustias del temor y las agonias de la desesperacion. Mas lo que nunca se ha visto, ni se verá jamas es, que un hombre incierto si su cabeza va á caer dentro de pocas horas bajo la hacha del verdugo, y estando seguro de salvarse solo con querer convencerse de la realidad del peligro que le amenaza, permanezca tranquilo en esta duda espantosa, y prefiera á la vida, algunos instantes de placer, y aun de tedio, que van á terminarse muy pronto con un suplicio terrible y deshonoroso. Por mucho menosprecio que se afecte de una existencia pasajera y cargada de dolores, no es tan fácil desasirse y desentenderse de ella; no hay apatia tan profunda, de la cual no se despierte con el anuncio, con la sola idea de una muerte cercana. ¿Qué digo yo? todo lo que nos toca, sea en la

salud, sea en los bienes, en las diversiones, ó en las opiniones, ó en las cosas á que estamos acostumbrados, nos conmueve, nos inquieta, nos hace salir fuera de nosotros mismos, y nos inspira una actividad infatigable; y ¿nada hemos de mirar con indiferencia mas que el cielo, el infierno y la eternidad?

Sepan al menos, los que viven tranquilos en esta indiferencia monstruosa, ó que se engrienen con ella, lo que pensaba uno de aquellos hombres, que parece han nacido, por la prodigiosa superioridad de su talento, para ensanchar los límites de la inteligencia humana.

« La inmortalidad del alma es una cosa que nos importa tanto, que nos interesa tan profundamente, que es necesario haber perdido todo sentimiento, para tener por indiferente saber ó ignorar lo que esto es. Todas nuestras acciones y todos nuestros pensamientos deben tomar caminos tan diversos, segun que hay ó no bienes eternos que esperar, que es imposible dar un paso con sentido y juicio, que no se arregle con concepto á este punto que debe ser nuestro último objeto.

« Asi nuestro primer interes y nuestra primera obligacion, es ilustrarnos sobre esta materia de la cual depende toda nuestra conducta. Y he aquí por que, aun en los que no están persuadidos, hallo una extrema diferencia entre aquellos que trabajan con toda su fuerza en instruirse, y los que viven sin dárselos nada, ni pensar en ello.

« Solo me inspiran compasion aquellos que gimen sinceramente en esta duda, que la miran como la última desgracia, y que, nada omiten para salir de ella, ocupándose principalmente y con la mayor seriedad en esta averiguacion. Pero considero de un modo muy diverso á aquellos que pasan sus dias sin pensar en este último fin de la vida, y que por la sola razon de que no se encuentran en sí mismos con luces que los persuadan, dejan de buscarlas en otra parte, y de examinar á fondo si esta opinion es de aquellas que el pueblo adopta por una crédula simplicidad, ó de las que, aunque obscuras en sí mismas, tienen sin embargo un fundamento solidísimo. Esta negligencia en un negocio en que se trata de ellos mismos, de su

« eternidad, de su todo, me irrita mas que me  
 « enternece, me maravilla y espanta: es para mí  
 « un monstruo. No digo yo esto por el celo pia-  
 « doso de una devocion espiritual; pretendo por  
 « el contrario, que el amor propio, el interes  
 « humano, la mas simple luz de la razon, debe  
 « inspirarnos estos sentimientos. No es necesario  
 « para esto ver mas que lo que ven las personas  
 « menos ilustradas.

« No es preciso tener una alma muy elevada  
 « para comprender que no se encuentra aqui sa-  
 « tisfaccion sólida y verdadera; que todos nues-  
 « tros placeres no son mas que vanidad, y nues-  
 « tros males infinitos, y que en fin la muerte que  
 « nos amenaza á cada instante, nos ha de poner  
 « dentro de pocos años, y puede ser dentro de  
 « pocos dias, en un estado eterno de dicha, de  
 « infelicidad ó de anonadamiento. Entre noso-  
 « tros y el cielo, el infierno, ú la nada, no media  
 « mas que la vida que es la cosa mas frágil del  
 « mundo; y no siendo el cielo ciertamente para  
 « aquellos que dudan si su alma es inmortal, no  
 « tienen que esperar mas que el infierno ú la  
 « nada.

« No hay cosa que sea mas cierta que esto  
 « ni mas terrible. Echémosla cuanto queramos de  
 « guapos, este es el fin que aguarda á la mas  
 « buena vida del mundo.

« En vano apartan su pensamiento de esta eter-  
 « nidad que les espera, como si por no pensar en  
 « ella pudiesen aniquilarla. Ella subsiste á pesar  
 « suyo, se acerca; y la muerte que la ha de abrir  
 « la puerta, los pondrá infaliblemente dentro de  
 « poco tiempo en la necesidad horrible de ser, ó  
 « aniquilados, ó infelices para una eternidad.

« He aquí una duda de una consecuencia ter-  
 « rible, y ya es seguramente un mal grandísimo  
 « estar en esta duda; mas al menós, cuando se  
 « está en ella, es una obligacion indispensable in-  
 « quirir la verdad. Así el que duda y no la busca,  
 « es á un tiempo muy injusto y muy desgracia-  
 « do: y si en tal estado se halla tranquilo y sa-  
 « tisfecho, si hace profesion de él, en fin, si se  
 « jacta, y en tal situacion si en ella misma halla  
 « motivos de gozo y vanidad, no encuentro tér-  
 « minos para calificar una criatura tan extrava-  
 « gante.

« ¿Dónde se pueden adquirir ó tomar estos

« sentimientos? ¿Qué motivo de gozo se encuentra en no esperar mas que miserias irremediabiles? ¿Qué materia de vanidad en verse rodeado de impenetrables obscuridades? ¿Qué consuelo en no esperar jamas consolador?

« El reposo en esta ignorancia es una cosa monstruosa, y cuya estupidez y extravagancia es necesario hacer conocer á aquellos que pasan así su vida, haciéndoles ver lo que pasan en ellos mismos, para confundirles con la vista de su locura. Porque he aquí como discurren los hombres, cuando se determinan á vivir en esta ignorancia de lo que son, y sin buscar ilustracion alguna.

« Yo no sé quien me ha puesto en el mundo, ni que cosa es el mundo, ni lo que yo mismo soy. Me hallo en una terrible ignorancia de todas las cosas. Yo no sé que es mi cuerpo, ni mis sentidos, ni mi alma: y esta misma porcion ó parte de mí, que piensa lo que yo digo, y que hace reflexion sobre todo y sobre sí misma, no es mas conocida que lo demas. Yo veo estos asombrosos espacios del universo que me encierran, y me encuentro pegado á un

« rincón de esta vasta extension, sin saber porque estoy colocado en este lugar mas bien que en otro, ni porque el poco de tiempo que se me ha dado para vivir, se me ha asignado en este punto, y no en ninguno otro de la eternidad toda que me ha precedido, y de toda la que me ha de seguir. Yo no veo mas que infinitos por todas partes que me tragan como un átomo, y como una sombra que no dura mas que un instante sin esperanza de vuelta. Todo lo que yo conozco es que he de morir muy pronto; y lo que más ignoro es esta misma muerte que no puedo evitar.

« Como no sé de donde vengo, tampoco donde voy; y solo sé que saliendo de este mundo caigo para siempre, ó en la nada, ó en las manos de un Dios irritado, sin saber á cual de estas dos condiciones he de pertenecer eternamente.

« He aquí mi estado lleno de miseria, de flaqueza y obscuridad. De todo esto concluyo que yo debo pasar todos los dias de mi vida sin pensar en lo que me debe suceder, y que nada tengo que hacer mas que seguir mis in-

«clinaciones sin reflexion ni inquietud, haciendo todo lo que es necesario para caer en la desgracia eterna, caso que lo que se dice sea verdad. Tal vez podria encontrar en mis dudas alguna ilustracion; mas yo no quiero tomarme este trabajo, ni dar un paso para buscarla; y tratando con menosprecio á los que se afanan en esto, yo quiero ir sin prevision ni temor á tentar y probar un acontecimiento tan grande, y dejarme llevar dulcemente á la muerte, en la incertidumbre de la eternidad de mi futura condicion.

«A la verdad es gloria de la Religion tener por enemigos hombres tan irracionales, y es tan poco arriesgada para ella su oposicion, que sirve por el contrario al establecimiento de las verdades principales que ella nos enseña. Porque la fe cristiana tiene por principal objeto establecer estas dos cosas, la corrupcion de la naturaleza y la redencion de Jesu-cristo. Así que, si ellos no sirven para mostrar la verdad de la redencion, por la santidad de sus costumbres, sirven al menos admirablemente para mostrar la corrupcion de la natu-

«raleza, por unos sentimientos tan desnaturalizados.

«Nada hay que importe tanto al hombre como su estado; nada le es tan temible como la eternidad. Así no es natural se encuentren hombres indiferentes á la pérdida de su ser, y al peligro de una eternidad de miseria. Se manifiestan muy otros con respecto á las demas cosas; temen hasta las mas pequeñas, las preven, las sienten, y aquel mismo hombre que pasa dias y noches rabioso y desesperado por la pérdida de un empleo ú alguna imaginada ofensa de su honor, es el mismo que sabe va á perderlo todo por la muerte, y sin embargo vive sin inquietud, sin turbacion ni tristeza. Esta extraña insensibilidad hácia las cosas mas terribles, en un corazon tan sensible á las mas leyes, es una cosa monstruosa, es un encanto incomprendible y un letargo sobrenatural.

«Es contra la naturaleza que un hombre encerrado en un calabozo, sin saber si está dada su sentencia, y no teniendo mas que una hora para saberlo; pero siendo suficiente esta, si



« sabe que se ha dado para hacerla revocar, em-  
 « plee aquella hora, no en informarse si está  
 « dada la sentencia, sino en jugar y divertirse.  
 « Este es el estado en que se encuentran las per-  
 « sonas de que hablamos, con esta diferencia,  
 « que los males de que se ven amenazados son  
 « muy distintos de la simple pérdida de la vida,  
 « ó un suplicio pasagero, que es lo que el preso  
 « temeria. Sin embargó ellos corren sin cuidado  
 « al precipicio, despues de haber puesto cual-  
 « quier cosa delante para estorbar que sus ojos  
 « le vean, y se burlan de aquellos que se lo ad-  
 « vierten.

« Así no solo prueba la verdadera Religion el  
 « celo de aquellos que buscan á Dios, sino tam-  
 « bien la ceguedad de los que no le buscan, y  
 « viven en esta horrorosa negligencia. Es indis-  
 « pensable que haya un extraordinario trastor-  
 « no en la naturaleza del hombre, para que  
 « pueda vivir en este estado, y mucho mas para  
 « hacer alarde de él. Porque aun cuando tuvie-  
 « sen una plena certeza de que nada tenian que  
 « temer despues de la muerte, mas que volver  
 « á la nada: ¿ no seria este un motivo de deses-

« peracion mas bien que de vanidad? ¿ No es  
 « pues una locura inconcebible, no estando se-  
 « guros, gloriarse de vivir en esta duda?

« Y sin embargo es cierto que el hombre ha  
 « llegado á desnaturalizarse tanto que en esto  
 « mismo halla su corazon una semilla, un prin-  
 « cipio de gozo. Este reposo brutal entre el te-  
 « mor del infierno y la nada, parece tan agrada-  
 « ble que, no solo los que están verdaderamente  
 « en esta duda desdichada se glorian, sino que,  
 « aun aquellos que no lo están, tienen por glo-  
 « rioso y recomendable fingir se hallan en ella.  
 « Porque la experiencia nos hace conocer que la  
 « mayor parte de ellos es de este último género;  
 « hombres que se ponen una máscara, y no son  
 « tales, cuales quieren parecer. Han oido decir  
 « que las bellas maneras del mundo; el gran  
 « tono, consiste en contrahacer así el atolon-  
 « drado. Esto es lo que llaman haber sacudido  
 « el yugo; y la mayor parte no lo hacen mas  
 « que por imitar á otros.

« Mas por poco sentido comun que les haya  
 « quedado, no es difícil hacerles conocer cuanto  
 « se engañan buscando la estimacion por este